

LOS ESPACIOS DESCONOCIDOS: CRONISTAS DEL NUEVO MUNDO

Rocío Sánchez Rubio

Profesora Titular de Historia Moderna. UEX

Pocos hechos de la historia han proporcionado tal cantidad de información a generaciones futuras como el descubrimiento y la conquista de América. Los escritores de la noticia indiana -soldados, clérigos, particulares, representantes de la Corona...- reflejaron en sus obras la novedad de un mundo nuevo y la transmitieron a Europa. Sin embargo, la percepción de las características propias y únicas de América como realidad física y de sus habitantes como parte integrante de la humanidad exigió a los europeos un prolongado esfuerzo intelectual.

La novedad de una tierra verde, luminosa y virgen, con hombres y mujeres desnudos es la primera revelación de América a Europa, un mundo imprevisto por la cosmografía clásica que accidentalmente se interpuso en los planes de Cristóbal Colón y de sus acompañantes en 1492. Porque el objetivo de aquel viaje no era el hallazgo de un nuevo mundo sino la llegada a través de una ruta, esta sí nueva, a un viejo mundo. El "Diario de a bordo" de Colón del que no se conserva el original, inaugura la extensísima historiografía de las Indias.

Cronista ha sido -aún continúa siéndolo- el término con que genéricamente se conoce a los primeros "escritores de Indias"; sin embargo, no debe aplicarse a todos los autores, que desde el momento mismo del Descubrimiento escriben sobre América, la calificación de cronistas (en sentido literal de la palabra), ni a las obras salidas de sus plumas crónicas. Hasta mediados del siglo XVII, en la historiografía indiana coexisten dos tipos de escritores que notician sobre las cosas de América: **cronistas** e **historiadores**. Hace unos años el ya desaparecido historiador peruano R. Porras Barrenechea establecía con claridad la distinción entre ambos:

"Los cronistas viven en el espíritu de los acontecimientos que describen y pertenecen a él; el historiador vive fuera de ese ámbito inmediato y trata de penetrar en él o de reconstruirlo, pero con un espíritu distinto de los hechos que narra".

El cronista, pues, contempla directa o a través de los ojos de otros la novedad de las nuevas tierras y de sus gentes y da cuenta de ella. Nada escapa a su atención, intensa y penetrante. Su obra, puro relato y simple narración de sucesos, no pretende alcanzar explicaciones reflexivas ni profundizar en las causas de los hechos relatados. Entre los rasgos característicos y definidores de la crónica destacan la pasión, el posicionamiento, el estar siempre a favor o en contra de algo o alguien; la sincera y profunda religiosidad -Dios preside el desarrollo de los acontecimientos relatados- y el arrollador etnocentrismo. A quienes pueden ser catalogados como historiadores (aunque en sentido estricto no lo sean en realidad), además de hacer relato histórico, reflexionan, meditan, moralizan, ordenan a su modo lo que directamente han visto, o lo que conocen por boca o escritos de otros; no sólo escriben sobre las novedades de América, también procuran entenderla.



*Hernán Cortés recibido en Tlaxcala. Último tercio siglo XVI.
Miniatura de Historia de las Indias de la Nueva España e Islas de Tierra Firme, de Diego Durán.
Biblioteca Nacional, Madrid.*

Pero todos, cronistas e historiadores, escritores de Indias, por muy diversas razones y con resultados muy dispares, sintieron la necesidad -en algún caso también la obligación- de revelar la novedad indiana al mundo, a los gobernantes o, en último caso, a sus hijos y descendientes los menos ambiciosos, en un intento por incorporar el Nuevo Mundo al horizonte intelectual de Europa, tarea ésta difícil y lenta que exigió un considerable esfuerzo mental. Porque si el descubrimiento físico de América fue relativamente rápido para los europeos, no ocurrió igual con su descubrimiento intelectual. Como ha analizado el historiador J.H. Elliott, uno de los hechos más sorprendentes de la historia intelectual del siglo XVI es la aparente lentitud de Europa para efectuar el adecuado reajuste mental a fin de encajar América dentro de su campo de visión. Los obstáculos para la incorporación del Nuevo Mundo al horizonte intelectual de Europa fueron enormes (de tiempo y de espacio, de herencia, de entorno y de lenguaje) y se necesitaron múltiples esfuerzos a diferentes niveles para que fueran salvados. El encuentro con América, en contacto con tierras inéditas y desconocidos hombres, va a exigir una adaptación del edificio del saber occidental; es éste un proceso largo que necesitará todo un siglo de esfuerzos.

El grupo pionero de escritores de la noticia indiana -al que dedicamos estas páginas- está conformado por los primeros europeos en contemplar las Indias, para quienes todo resultaba absolutamente novedoso. Cristóbal

Colón encabeza la larga nómina en la que se inscriben escritores pertenecientes a la más variada extracción social e intelectual: gentes de armas o de mar, descubridores, conquistadores, clérigos, funcionarios de la Corona...

Soldados fueron Bernal Díaz, compañero de Cortés, que ya en la senectud de su vida nos legó una de las crónicas más frescas, directas y amenas del Nuevo Mundo, queriendo refutar lo que Francisco López de Gómara, que nunca había estado en América, escribía de oídas; o Núñez Cabeza de Vaca, naufrago de una expedición imposible y protagonista de una increíble aventura que dejó plasmada para regocijo de las generaciones futuras. Hubo capitanes de huestes, como el propio Hernán Cortés o

Pedro de Valdivia, quienes en sus cartas dirigidas al Rey dan cuenta y detallada relación de las etapas y circunstancias en que se efectúa la penetración en los territorios que intentaban incorporar a la corona. Aunque escritas con otra finalidad, cartas fueron también las redactadas por el florentino Américo Vespucci -uno de los primeros navegantes de los mares descubiertos por Colón- en las que exponía su idea -defendida por otros navegantes- que el mundo descubierto por el almirante era en realidad una *terra incognita* o la *cuarta parte*; esas cartas, leídas con interés y admiración por influyentes señores de Florencia, Francia y Alemania contribuirán injustamente a que su autor pase a la historia como el descubridor intelectual de América.

Sobre Indias escribieron también clérigos como fray Toribio de Paredes, bautizado por los indígenas como Motolinía (*pobre* en el idioma nahuatl) y fray Bernardino de Sahagún, cronistas ambos de la conquista espiritual y testigos de excepción de un mundo, el indígena, que se derrumbaba estrepitosamente ante sus ojos y que ellos ayudaron en parte a rescatar del olvido actuando como verdaderos etnógrafos. No tardarían en incorporarse a este primer grupo escritores indios y mestizos: Muñoz Camargo, Garcilaso de la Vega, el *Inca* o Huamán Poma de Ayala... quienes pertenecen por sus actitudes, formación y mentalidad al mismo universo indiano que los cronistas españoles.

Junto a estos autores de la información, escritores que narran de primera mano las experiencias vividas, lo que vieron y experimentaron, están

también aquéllos que escriben sobre América sin haber entrado en contacto físico con la novedad. Mediante la lectura de papeles, o la escucha de testimonios -algunos veraces, otros inventados- se convierten en pantallas que proyectan las imágenes transmitidas por los viajeros y los protagonistas. En este grupo destaca la figura del humanista Pedro Mártir de Anglería, quien si bien nunca llegó a contemplar el espacio americano, conoció y se entrevistó con numerosos protagonistas de empresas descubridoras y conquistadoras que le permitieron escribir sus famosas *Décadas*, tarea que consumió treinta y dos años de su vida; esta obra, de enorme difusión entre los círculos más cultos de su época, es considerada como la primera historia general de las Indias.

Tal llegó a ser la reputación de Mártir de Anglería que la corona le nombra cronista, aunque no de Indias. Será Fernández de Oviedo el primero en ejercer como tal, a partir de 1532 desempeñando el cargo durante veinticinco años. Autor de la *Historia Ge-*

neral y Natural de las Indias, Fernández de Oviedo inaugura la modalidad de los llamados *cronistas oficiales*. A partir del segundo viaje de Colón la corona castellana siente la necesidad de obtener información detallada y veraz acerca de los territorios que sus súbditos iban descubriendo, conquistando y colonizando; información que se considera absolutamente indispensable para la gobernación de los mismos. Durante los primeros tiempos el predominio de las expediciones descubridoras hicieron prioritarios los conocimientos náuticos y geográficos; para reunirlos y organizarlos -tal era el cúmulo de datos y noticias que transmitían los que estaban en contacto con la novedad- se hizo necesaria la inclusión de pilotos y cosmógrafos entre el personal de la Casa de Contratación. Años más tarde la agria polémica suscitada por el trato otorgado a los indios y la intranquilidad de la conciencia regia por este espinoso asunto hacen que el conocimiento en la corte de lo que ocurre en América se coloque en el primer plano. Ya no interesa tanto la geografía, la noticia de la calidad de las tierras que se van descubriendo, sino la historia, es decir, el *modus operandi* de la ocupación.

La visita efectuada por el extremeño Juan de Ovando en 1567 al Consejo de Indias (máxima autoridad administrativa de los reinos americanos) pone de manifiesto el desconocimiento y la ignorancia de los consejeros acerca del continente que debían administrar y gobernar. Como resultado de ello se crea la figura del *cosmógrafo y cronista mayor de Indias* con carácter de funcionario, confiándole

◆◆
*La noticia indiana
 contiene casi siempre
 la descripción de
 paisajes,
 la ponderación
 de la naturaleza*
 ◆◆

una doble tarea: corregir, ordenar y guardar todas las descripciones geográficas del Nuevo Mundo y escribir una historia general del mismo. Tras tres años de intensa labor, López de Velasco, el primer cosmógrafo-cronista, tuvo concluida su *Geografía y descripción universal de las Indias*, una obra valiosísima que sin embargo no se publicará hasta finales del siglo XIX, tal era el temor de que una información tan privilegiada cayera en manos de los enemigos de la Monarquía española. La meritoria labor desarrollada por López de Velasco tendrá continuidad en otros cronistas oficiales durante los siglos venideros.

La noticia indiana contiene casi siempre -sobre todo durante el primer ciclo, el del siglo XVI- la descripción de paisajes, las ponderaciones de

la naturaleza, con especial atención en aquellas cosas que no tenían parangón en el viejo mundo (animales, plantas, florestas, ríos, montañas, clima...), y también la presentación de los habitantes de aquel mundo nuevo, delectándose en el relato de su retrato físico, en sus ritos y creencias, en sus costumbres y organización social. Ciertamente las Indias ofrecen muchos temas inéditos para la historiografía, enriqueciéndola sustancialmente. Hasta entonces, los escritores de la península no habían tenido otro campo de observación distinto del de su propia tierra y a veces pedazos del mapa de Europa. Pero ahora se incorporaba un mundo imprevisto cuyos secretos necesitaban ser transmitidos para que adquirieran su valor a los ojos del mundo. Para ello hubo que

inventar nuevas voces, incorporar como legítimas otras muchas que habían fabricado los indios, utilizar la lengua para describir cosas inesperadas o imprevistas: "Por mucho que me esforzase a dar entera relación -escribe Colón en su Diario-, no podría mi lengua decir toda la verdad, ni la pluma escribirla". Describir lo nuevo era difícil, de forma que pudiera ser "visto" por quien no lo hubiera contemplado, esta dificultad la expresan casi todos: "quedé tan asombrado viendo tanta hermosura -prosigue el genovés-, que no sé como expresarme". La forma en que se describe lo visto fue muy variada: se recurre a las comparaciones y se establecen similitudes con otras tierras y otras culturas; los escritores trasladan sus propios conocimientos y experiencias al nuevo escenario para



intentar comprender y dar a conocer la ignorada realidad americana a los demás europeos. Unos recuerdan a África, otros evocan a Italia, se echa mano del mundo clásico y humanista, de la tradición cristiana y hasta de los libros de caballería. Se europeiza a la naturaleza americana y la propia toponimia fue una repetición de viejos nombres a los que se les antepuso el adjetivo de *nuevo* o *nueva*: Nueva España, Nueva Extremadura, Nueva Andalucía...

A pesar del esfuerzo un cúmulo de circunstancias contribuyó a crear un mundo imaginario que en no pocas ocasiones, suplió al mundo real. La presencia de lo "maravilloso" se produce como consecuencia del proceso de idealización de una realidad que sorprende profundamente a quienes tratan de describirla por su "novedad". El criticismo de los cronistas y de los informadores no es impedimento para la idealización, de tal forma que con frecuencia se produce un planteamiento dual: un mismo cronista plantea la realidad americana como algo maravilloso y al tiempo ofrece una visión realista de ese mundo. Colón es un caso excepcional, en él domina casi por completo la visión maravillosa y, por tanto, distorsionada de aquel nuevo mundo. La optimista visión del genovés tanto de la naturaleza americana como de los indígenas inicia la elaboración del mito de América como utopía que tanto perdurará.

Para un europeo la naturaleza americana ofrecía un sinnúmero de novedades y los cronistas no ahorraron esfuerzos en describirla. Les sorprende y cautiva la diversidad de plantas americanas desconocidas en

◆◆
*Para un europeo
 la naturaleza americana
 ofrecía un sinnúmero
 de novedades,
 los cronistas no
 ahorraron esfuerzos en
 describirla.
 Les sorprende
 y les cautiva.*
 ◆◆

Europa: el *maguey*, al que Acosta denominó "árbol maravilloso" por sus propiedades, el *girasol* al que se le llamó con el sonoro nombre de la "flor del sol", el *guayacán*, de propiedades medicinales, el *tabaco*, del que ya se hizo eco el propio Colón y que algún cronista bautizó como "yerba sagrada" o la hoja de *coca* son ejemplos evidentes de la diversidad de la naturaleza americana. En comparación con la flora las referencias a la fauna son si cabe más numerosas. Por lo general, los cronistas, aferrados como estaban a una norma fundamental: relatar lo que habían visto y experimentado, no fueron proclives a fantasear en sus alusiones a los animales americanos. En sus escritos reflejan una variada fauna con características y peculiaridades entre sí y en especial con la fauna conocida. Los cronistas aluden a

toda una serie de animales "nuevos" respecto a los europeos y en ocasiones los identifican con los ya conocidos de Asia y África: *perros mudos*, leones (*pumas*), tigres (*jaguars*), encubiertos (*armadillos*), *manatíes*, *monos*, *caimanes*, *iguanas*, etc. Los elementos fantásticos sólo se presentan cuando refieren casos relatados por terceras personas, o cuando la realidad se aleja tanto de la normalidad que su propia descripción resulta inverosímil.

El indio fue considerado también desde el primer momento como una de las maravillas que ofrece América; como no podía ser de otro modo es visto como un ser exótico. La asimilación de esta nueva realidad fue tan compleja como la de los múltiples intereses que se crearon en torno a él; no fue fácil conciliar los intereses políticos de la Corona, los económicos de los encomenderos y los evangelizadores de los religiosos. Algunos cronistas intentan comprender su manera de ser y sus costumbres elaborando obras de gran valor etnológico, otros ofrecen una visión deformada, ya sea como "noble salvaje" (Bartolomé de las Casas es un ejemplo extremo de este grupo encabezado por Cristóbal Colón) o como "bárbaro o idólatra". De forma generalizada el indio es considerado como un ser inferior frente al europeo y como tal es retratado superficialmente, aunque se reflejan con minuciosidad aquellos aspectos que más llaman la atención.

Las referencias sobre el pasado indígenas -verdaderamente extensas- se organizan sobre la base de conceptos europeos de la evolución histórica; fue conforme a esos principios como se interrogó a los indígenas por su pa-



Doble página miniada de un código poscortesiano. 1554. Museo de América. Madrid.

sado y cultura y como interpretaron los autores las respuestas recibidas. Un complemento indispensable para la comprensión del mundo indígena fue el conocimiento de las lenguas aborígenes; serán los frailes quienes, mediante la elaboración de diccionarios, vocabularios y gramáticas, las salvaron del olvido e hicieron posible su estudio científico. Esta labor filológica, etnológica y antropológica ha permitido rescatar en gran medida el pasado y la cultura aborígenes, ayudando a compensar la pérdida irreparable que supuso la destrucción tras el contacto de gran parte de su cultura material.

Entre las maravillas de América hay otra realidad que compite con el indígena y que tiende a ocupar, si cabe, un lugar más relevante: el oro. Los palacios de Cipango que Marco Polo

había descrito con tejados de oro es la imagen que anima el primer viaje de Colón; no los encontró, pero no por ello su imaginación dejó de funcionar. El oro y la plata, los metales preciosos, se convirtieron en la meta de todas las expediciones de finales del siglo XV y buena parte del siglo XVI, su búsqueda mantuvo durante mucho tiempo la idea de América como un mundo maravilloso y los cronistas fueron testigos y fieles relatores de esa incesante búsqueda. Aunque la mayoría de las expediciones se malograron sin encontrarlo, a veces la fantasía se convirtió en realidad; el descubrimiento de los imperios aztecas e inca, con sus fabulosos tesoros y enormes riquezas se convirtió para los protagonistas en la más firme prueba de que era posible encontrar otros reinos aún más ricos. Seguir la

pista de las menciones que del oro hacen los cronistas es, prácticamente, hablar de todas las crónicas.

La publicación en 1590 de la gran *Historia Natural y Moral de las Indias* de José de Acosta marcará un antes y un después dentro de la historiografía indiana. La obra de Acosta señala un punto de madurez en el tránsito de la pura crónica a la historia y culmina el difícil y lento proceso de integrar al mundo americano en el contexto general del pensamiento europeo. Para ello ha sido necesario todo un siglo de esfuerzos de cronistas e historiadores (informadores de la novedad) para que la conciencia europea aceptara el fenómeno natural y geográfico de América, pero fue "el genio sintetizador de Acosta- en palabras de Elliott- el que llevó a feliz término la gran empresa".